ENRIQUE MONROY
Deberías llamarle tú

COLECCIÓN EN VOZ ALTA

A mamá

La madrugada era tranquila. Por la tarde había llovió un poco y el cielo se encontraba despejado. La señora Rocha colgó el auricular. Miró el reloj. Las manecillas blancas marcaban las tres de la mañana. Prendió el tercer cigarrillo de la noche y se asomó por la ventana. Había luna llena, y su luz azul, casi blanquecina, alumbraba todo el vecindario. Al fondo, los ladridos de algunos perros no cesaban y el sonido de música anunciaba fiesta. Fumó casi dos veces seguidas y se rascó la cabeza con fuerza. Fue hasta la habitación en donde se encontraba durmiendo su esposo. Con voz baja le llamó. Su esposo pareció responder pero volvió a quedarse dormido. Entonces subió el tono de voz hasta que su esposo despertó sobresaltado.

-¡Cálmate, soy yo!... un día te dará un infarto – dijo la señora Rocha.

-¡Eh!... ¡ah!

-Que un día te dará un infarto si te sigues levantando de esa manera.

-Entonces no me despiertes así... ¡qué pasó! – dijo su esposo.

-No me contesta, creo que debes llamarle tú.

-¿Y cual será la diferencia?

-No sé, que tal vez a ti te conteste.

Su esposo volvió a dormir y la señora Rocha relajó los hombros. Fue hasta la cocina y encendió la luz amarillenta que apenas iluminó las paredes verdes. Puso café y esperó. Encendió otro cigarrillo y fumó más lento. El eco de los automóviles al pasar provocaron que caminara hasta la ventana en un par de ocasiones. Hacía mucho tiempo que no madrugaba, era una sensación que no le agradaba en lo absoluto porque su mente comenzaba a divagar.

Minutos más tarde el café humeaba. Sacó una taza grande de una gaveta de aluminio empotrada en la pared y se sirvió. Bebió casi de inmediato e hizo una mueca de molestia. Bebió de nuevo y fumó. Fue hasta la sala y prendió el televisor. Después de mantenerse parada mientras buscaba algún programa que llamara su atención, se sentó en el sofá, cruzó las piernas y se conformó con ver anuncios.

Había pasado una hora y justo cuando la señora Rocha comenzaba a quedarse dormida, su mano soltó la taza y el golpe de la porcelana contra la

alfombra la despertó. Maldijo. Levantó la taza y se dirigió a la cocina de donde tomó un trapo seco. Volvió a la sala y se agachó para limpiar la mancha, pero el café ya había penetrado lo suficiente para dejar una figura parda y asimétrica en la alfombra. Maldijo de nuevo. Entonces, en la calle escuchó el sonido de un motor apagándose. Con precaución fue hasta la ventana y se asomó. Era su vecino Rafael, quién nervioso, abría la portezuela del copiloto y sacaba un enorme bulto de él. Parecía ser el cuerpo de su esposa Laura. El corazón de la señora Rocha palpitó con fuerza. De inmediato sus manos transpiraron. Corrió hasta el teléfono para llamar a la policía, pero pensó que no tenía argumentos para hacerlo. Regresó a la ventana y esta vez miró a Rafael sacar instrumentos de jardinería del maletero. Se preguntó si alguien más estaba viendo lo mismo. Cuando regresó la mirada hacia el automóvil, se percató que Rafael se llevó la mano a la cintura. Juró ver un arma y su corazón palpitó de nuevo. Rafael se paró en la puerta del copiloto, encendió un cigarrillo y observó con detenimiento su alrededor. La señora Rocha se pegó contra la pared y después de un tiempo volvió a mirar la ventana. Rafael había desaparecido.

-¿Que pasa? – preguntó su esposo somnoliento, quién se encontraba en el pasillo, en boxers y en playera blanca.

-¡Oh, nada!... no te escuché

-¿Pasa algo?

-Creo que Rafael le ha hecho algo a Laura, la ha bajado inconsciente del automóvil. Él nunca me ha dado buena espina – dijo la señora Rocha casi susurrando.

-¿Como que le ha hecho algo?

La señora Rocha le explicó todo lo que había visto.

-Tal vez estaba ebria – dijo el esposo dirigiéndose hacia el baño.

-No, no lo creo, sus brazos colgaban de una manera horrible, como los de un muerto.

-Yo creo que estaba ebria. ¿Recuerdas la fiesta de los García? –dijo el esposo desde el baño, casi gritando–, ese día sí que esa chica estaba ebria... y aparte de ebria, coqueta. Ese día Rafael se enfureció por ello, y no es para menos –dijo el esposo saliendo del baño–, una chica como ella, ebria y coqueta, es demasiado.

-Pero eso no tiene nada que ver con que Laura cuelgue de su hombro como un bulto a las cuatro de la mañana. Yo creo que pasa algo y debemos

llamar a la policía. No sé, que sólo verifiquen que todo esté bien.

Su esposo fue hasta la ventana y vio el cielo despejado. Se quedó en silencio por un momento y escuchó a los mismos perros ladrar y la misma música en la lejanía que su esposa había escuchado horas antes.

-Parece que hay fiesta – dijo el esposo mirando hacia la calle.

-No me gusta cuando los perros no dejan de ladrar – dijo la señora Rocha con preocupación.

-Yo no escuchó nada extraño. ¡Por Dios mujer, deja de leer *La Prensa*! – dijo el esposo caminando hacia la cocina.

La señora Rocha se asomó de nuevo y suspiró. Dio media vuelta y fue hasta la cocina en donde su esposo encendió la cafetera.

-¿Quieres que te haga algo de cenar? – dijo la señora Rocha.

-No, no, estoy bien, ya sabes lo que dijo el doctor, no puedo recargarme por las noches.

-Tengo un poco del pastel que te gusta.

Su esposo caviló por un momento y aceptó.

-¿No ha llamado? – preguntó su esposo.

-No, no lo ha hecho, creo que deberías llamarle tú.

-No servirá de nada – dijo su esposo sentándose a la mesa.

La señora Rocha cortó un trozo de pastel, lo colocó en un plato pequeño y lo puso sobre la mesa. Una gotera en la tarja de aluminio parecía marcar el tiempo. Cuando el café estuvo listo, la señora Rocha lo sirvió en dos tazas. Se sentó a la mesa junto a su esposo y platicaron acerca de la visita de la prima Emma. La señora Rocha sacó otro cigarrillo y le prendió fuego. Su esposo le pidió uno, pero la señora Rocha hizo una mueca de molestia.

-Vamos cariño, he vivido suficiente – le dijo sonriendo su esposo.

La señora Rocha bajó la mirada, tomó el cigarro por la colilla y se lo dio.

-Hacía mucho tiempo que no fumaba contigo tan tarde – dijo su esposo dejando escapar el humo de su boca con cierta fuerza.

-Desde la reunión con los Huerta – dijo la señora Rocha.

Su esposo asentó e hizo un gesto de disgusto.

Al cabo de una hora, su esposo le dijo que regresaría a la cama, le pidió que fuera con él. Ella dijo que debía esperar. *Se dieron tres besos y dijeron amarse*. Su esposo dobló por el pasillo y se perdió en la oscuridad. Ella lo miró caminar un tanto encorvado y con paso cansado. Sintió ternura. Apagó la luz

de la cocina y fue hasta la ventana de nuevo. Comenzaba a amanecer. Había un poco de niebla y el albo comenzó a descubrir los colores de los tejados y de las bardas de las casas vecinas. La señora Rocha observó el piso mojado de su jardín y los pétalos de los rosales comenzar a estirarse. Tomó el auricular y marcó. Mientras esperaba, dio dos fumadas a su cigarro y se asomó por la ventana por última vez. Ahí estaba Rafael, de nuevo, abrochándose una cazadora café. También fumaba mientras miraba hacia ambos lados de la calle. Se acomodó la gorra, se alisó el bigote, subió a su automóvil y se marchó. La señora Rocha colgó, se terminó el cigarrillo y lo aplastó en el cenicero de vidrio que se encontraba sobre la mesa del teléfono. Cruzó sus brazos y fue hasta su habitación. Se quitó las pantuflas, alzó las cobijas, se metió debajo de ellas y abrazó a su esposo. Lo llamó por su nombre de pila en dos ocasiones, lo jaló por el hombro y se dio cuenta que todo había terminado. Le volvió a llamar por su nombre, casi susurrando, ¡Raymundo, Raymundo!, pero no respondió. La señora Rocha se recostó a su lado y soltó en llanto. Pasaron algunos minutos hasta que al fondo, el chirrido de una alarma anunció las seis de la mañana. La señora Rocha se limpió las lagrimas y se incorporó, se quedó sentada por largo rato con la mente en blanco. Después de algunos minutos el teléfono repicó en la sala. La señora Rocha dejó escapar un suspiro y se levantó.

México, octubre 6, 2010

Nota: este cuento fue leído a voz alta en la *4ta. Jornada Literaria*, que la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Cuautepec, organizó el 22 de marzo de 2011.

EMB
Enrique Monroy Biblioteca

3a digitalización, noviembre 2013.

ténegro